EE 31 117 02

Ya le han salido filósofos al ocio, filósofos y sociólogos. Como si vivieran en un maravilloso limbo, nos estimulan a aprovechar las posibilidades creadoras del ocio. Nos describen una utópica sociedad futura en que las máquinas realizarán las tareas que hasta ahora ejecutan los obreros, mientras estos, artistas en potencia, dedican sus horas libres a tareas lúdicas y no remuneradas.

Legiones de obreros desempleados tocarán el violín o el órgano, cientos de miles de metalúrgicos sin trabajo se dedicarán al bricolás, los textiles en paro realizarán esculturas hiperrealistas, y los oficinistas sin trabajo serán intensos creadores de sus propias películas de vídeo. Todo estará bien, en el mejor de los mundos posibles, como parodiará años a Voltaire. Con estas palabras comenzaba Cristina Peri Rossi, un artículo publicado en el diario El País y al que tituló El Ocio.

La década de los 80 es testigo de la aparición del nuevo fenómeno, el ocio forzoso, o dicho de otro modo, el paro. Un aspecto de nuestra sociedad estrechamente relacionado con la economía y que hoy ocupa este nuevo espacio de la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales de la Universidad Nacional de Educación a Distancia. Un tiempo para analizar y debatir los aspectos más relevantes del mundo socioeconómico.

45 minutos todos los martes con las opiniones de especialistas y profesores. En esta ocasión nuestros invitados serán José Antonio Nieto Piñerova, profesor adjunto de Sociología Industrial de la UNED y Antonio María Esco Otado, profesor también de la UNED de Ética y Sociología. El aumento del tiempo libre, un hecho que se viene observando en los últimos años, ha obligado a plantear el ocio, y esto ya lo avanzó Keynes, como uno de los problemas más importantes al que se enfrentan las economías desarrolladas.

Relacionar la pasividad laboral con el trabajo y relacionarla de una forma contrastada, como si en una imaginaria línea secuencial el trabajo se situase en el extremo opuesto al lugar ocupado por el tiempo libre, es propio de sociólogos industriales con una fuerte influencia economicista. Los mismos economistas tienden a observar este fenómeno de forma racional. El desarrollismo de los años 60 auguraba utópicamente una fuente inagotable de progreso, que hizo vaticinar a algunos sociólogos, como en el caso de Toffler, que el hombre dispondría continua y permanentemente de un mayor número de horas para el ocio.

Jugando a futurables, se crearon grupos de trabajo como la Comisión del año 2000, Europa 2000, Manking 2000 y se instituyó el Instituto para el Futuro. La propia crisis del petróleo de los 70 vino a dar al traste con los distintos futuribles y con las ideas tofflerianas. El ocio como acceso al mundo del placer se trastocó por un ocio forzado, en forma de paro, como un mal impuesto.

La sociedad industrial de estructura productivista, donde todo viene medido en función del

trabajo, desde la educación hasta el propio asueto, encuentra paradójicamente, dentro de su propio sistema, la imposibilidad de cumplir los objetivos por los que seguía. El mismo descanso en la sociedad industrial es un descanso guiado, dirigido a la recuperación de fuerzas y energías que permitan reintegrarse a la actividad laboral. Luis Racionero, en su libro del paro al ocio, nos dice El capitalismo, nacido en la mentalidad puritana laboralista del protestantismo nórdico, ha llegado por la dialéctica de la historia a su propia negación.

Es decir, a una contradicción entre sus valores fundacionales y la ética hedonista de una juventud pasota, que forma la nueva clase ociosa nacida en la sociedad opulenta, saturada de consumo, pero con un elevado índice de población que no puede trabajar aunque quiera. A esta situación paradójica y contradictoria, el autor la ha dado en llamar la infelicidad en la opulencia. Por otro lado, la lectura sociológica del fenómeno del paro está íntimamente unida con un fenómeno de reciente aparición, que va tomando gradualmente más consistencia.

Es el caso de las actividades laborales encubiertas, de las llamadas economías sumergidas. En este tipo de economías, la población laboral, los trabajadores, son estadísticamente inexistentes. En teoría, las personas encargadas de dar vida a la economía sumergida, oculta o negra, por medio de la actividad laboral, se encuentran en el paro.

En la práctica, el número de trabajadores ocultos puede ser tan elevado que, si se pudiese constatar fehacientemente, según algunos autores, estos trabajadores sumergidos reducirían la tasa de paro en más de cinco puntos, con las consiguientes repercusiones para la actividad económica. Pero en estos y en otros aspectos del trabajo y el tiempo libre en la sociedad industrial, van a profundizar ahora nuestros dos invitados. José Antonio Nieto Piñerova, que es profesor adjunto de Sociología Industrial en la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales de la Universidad Nacional de Educación a Distancia, y Antonio María Esco Otado, profesor adjunto también en esta Universidad de Ética y Sociología.

El profesor Nieto comienza la conversación con un enfoque previo del concepto de tiempo libre, o mejor dicho, del ocio. En un principio solamente me voy a referir al problema de la universalización, para dar entrada en la discusión inmediatamente después a mi compañero Antonio, y decir que el fenómeno de la universalización del trabajo y tiempo libre, si se caracteriza por algo, es justamente por la negación del término universalidad, universalización. Al hacer un epígrafe general, como el que encabeza el título de la charla, de la discusión, del diálogo, trabajo y tiempo libre en la sociedad industrial, significa de entrada que ya estamos refiriéndonos a una sociedad muy concreta, la sociedad industrial, que simultáneamente significa, a su vez, la eliminación de otras sociedades, como pueden ser las sociedades en vías de desarrollo, o como pueden ser, por así decir, las sociedades primitivas.

Cierto es que en un tipo de sociedad u otro, este fenómeno de trabajo y tiempo libre tiene medidas y naturalezas distintas. En la sociedad primitiva, por ejemplo, por citar un caso concreto, como puede ser el caso de los tupí guaraní, no trabajan en esta sociedad más de cuatro horas diarias. Y no trabajan más de cuatro horas diarias porque el resto del tiempo lo

dedican a cualquier otro tipo de actividad, como puede ser el ocio, como puede ser el juego, como puede ser la retórica a través de unas pautas culturales muy desarrolladas en ese tipo de sociedad, etc.

Se da el caso en esta sociedad que cuando se introdujo el hacha metálica tenían ante sí mismos dos alternativas. Una de ellas era la de trabajar menos tiempo debido a la eficacia del hacha metálica o bien emplear el mismo tiempo que venían utilizando anteriormente, pero con mucha mayor rentabilidad, con mucha mayor productividad. Decididamente eligieron por el primero de los caminos, con lo cual significa que redujeron su número de horas dedicadas al trabajo diariamente.

Esto sería justamente el ejemplo contrario de lo que Russell, en la conocida ley Russell y el transporte aplicaba en las sociedades más avanzadas. Citaba el ejemplo de los trabajadores que se desplazan diariamente desde su residencia familiar a sus puntos habituales de ocupación y cuando tienen la ocasión de acudir a transportes que les facilitan ese traslado reduciendo el desplazamiento en media hora, vamos a suponer, en lugar de aprovechar esa media hora como una media hora más disponible a una actividad recreacional, la dedicaban justamente a invertirla en el trabajo. Aumentaban su jornada laboral.

Estos son, mejor dicho, las antípodas del ejemplo que anteriormente citábamos en el caso de los tupí guaraní. No me quiero extender más en este concepto, simplemente decir que es dificilísimo, imposible hablar del fenómeno de universalización del trabajo y de su otro consecuente en el otro extremo de la línea secuencial, el tiempo libre. Bueno, yo lo que creo es que también hay que darse cuenta de que tanto el concepto de tiempo libre como el concepto de trabajo, digamos como conceptos reales, son básicamente ambivalentes en el sentido de que, si nos fijamos bien, trabajo contiene este matiz peyorativo, doloroso.

Incluso normalmente es trabajo para otro, a veces es trabajo para sí, mientras que al mismo tiempo es la única forma de llenar bien el tiempo. Si se vive sin trabajo, finalmente lo que se llega a conseguir es una cierta forma de inanidad, una cierta forma de deslizarse sobre la existencia sin tocar nada, y a nivel social, claro, sin conseguir una capacidad adquisitiva que sea competitiva con la de los demás. Lo mismo acontece con el ocio, en justa correspondencia con la ambivalencia del trabajo.

El ocio tiene un lado de liberación de la servidumbre, desde luego privilegiadamente, es decir, que corresponde a aquellos sectores sociales que se lo pueden permitir, y otro factor donde, si no viene acompañado de arte, si no viene acompañado de algún tipo de creatividad, es una simple pérdida de tiempo. En segunda consecuencia, una pérdida de poder adquisitivo. Y en tercer lugar, digamos, siguiendo esa cascada del lado negativo, una debilitación de los recursos que el hombre tiene para hacer frente a la depresión, entendiendo que el hombre hace frente a la depresión a base de rutinas, a base de escalafones, a base de reuniones con compañeros de trabajo, etc., etc., que en muchos de los casos no son exactamente el lugar donde él quisiera encontrarse, o lo idóneo para él, pero que sí le sirve para llenar el tiempo, y para llenar esta

especie de vacío interior, que no sé si será un signo de tiempos pasados, pero sí lo es del presente.

A propósito de esta ambivalencia del trabajo y del ocio, se han publicado recientemente algunas cosas en nuestro país, yo creo que de cierta importancia. El libro de Racionero, que tuvo el Premio Anagrama, que se llama Del Paro al Ocio, y concretamente estábamos viendo aquí, tenemos sobre la mesa un artículo aparecido en el país hace unos días, llamado El Ocio, y firmado por Cristina Perin Rossi, sobre el cual me estaba haciendo unos comentarios ayer mi compañero. Yo quisiera señalar fundamentalmente que el concepto que tú, Antonio, caracterizas al fenómeno que aquí estamos desarrollando, la ambivalencia del concepto, es fundamental.

Yo sería incluso un poquitín más radical, y diría que además de ambivalente, es multivariante y multiforme. Las distintas naturalezas que encierra este concepto nos hace pensar en ese carácter multiforme, o en esa multivariante presentación. Porque cierto es que, y con esto enlazaría con uno de los puntos que quería señalar, como es el de la precisión.

Enlazaría, digo, con esa precisión conceptual. ¿Qué significa trabajo en sí? ¿Qué significa tiempo libre? Trabajo decía Rasionero que venía de la palabra tripalium, que es un instrumento de tortura. Y citaba algunos textos, no muchos, pero algunos textos clásicos, en apoyo de la tesis de que el trabajo es básicamente una forma de tortura.

Yo creo que esto es demasiado inmediato. Creo que hay mucha gente que descansa trabajando. Creo que todos los que han encontrado un camino adecuado para su creatividad trabajan y no lo llaman trabajo.

Pero actualmente estamos hablando de los inmensos sectores sociales que trabajan. No en el sentido de crean, sino que se ganan el dinero y se ganan un poquito de compañía yendo por las mañanas o por las tardes. Claro, de la misma forma que tú estableces esta comparación, a mí se me ocurre decir, y también lo señala Rasionero en su libro, es lo mismo paro que ocio.

Directamente nos encontramos en una situación, como todo el mundo sabe, donde el número de desempleados es suficientemente elevada para que tenga una consideración y una problemática social también elevada. No, esa es la paradoja. La paradoja presente es que en los años sesenta estábamos pensando que con el excedente de producción íbamos a conseguir una sociedad donde la gente tuviese el problema del tiempo libre y ahora el problema del tiempo libre presenta un aspecto un poco más oscuro, que es el que aparece como paro.